

Elena Fortún

Celia novelista

Dibujos de Molina Gallent



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Índice

- 9 Aventuras con los titiriteros
- 15 Aventuras con los titiriteros
- 23 Con la mona
- 30 Titiritera
- 37 La sirena del mar
- 45 En el fondo del mar
- 53 En África
- 60 El palacio del Sultán
- 67 En Belén con los pastores
- 75 El Paraíso
- 82 La puerta del cielo
- 89 Epílogo

- 91 Las vacaciones de Lita y Lito
- 93 La casa de la bruja
- 101 ¡Adiós, adiós, *Perico!*
- 109 Volando
- 115 La casa de Pateta
- 122 Pichote
- 129 Las ranas verdes
- 136 La rata sabia
- 143 La pájara pinta

149	En las nubes
156	La pajarita de papel
162	La bruja Marmota
168	El concurso
175	La función de circo
181	El banquete
187	La escuela
193	Colorín, colorado
200	Final



Papá, al despedirse, cuando se fue lejísimos con mamá y Baby, me regaló un libro precioso, con unas hojas blancas y las tapas de piel.

–Para que escribas en él tus fantasías –me dijo.

La madre Loreto se lo enseñó a todas las madres.

–Debería escribir en él jaculatorias y oraciones...

–No; yo escribiré una novela. Una novela como un cuento...

Muchas cosas se me ocurrieron que podría escribir; pero nada me parecía bastante bonito para un libro tan elegante.

Ya era verano. Todas las niñas se habían ido a sus casas, y ¡yo estaba sola para tres meses!

–¿Se puede saber por qué llora usted de ese modo? –me preguntó una madre.

–Porque no tengo con quien jugar... y me aburro...

–¿Se aburre? ¿Para qué le sirve entonces tener tanta imaginación? Si usted se lo propone, puede figurarse que está en el jardín del Paraíso, o en el Cielo, jugando con los ángeles... Y hasta puede que sea verdad si es buena...

He jugado a ser Caperucita y a coger flores en el bosque mientras llegaba el lobo, pasito a pasito, a comerse a mi abuela... Después me dio miedo ir a casa del jardinero, porque aquella era la casa de mi abuela, y me estaba esperando el lobo, y no podía acabar el cuento.

Otra vez era yo la hermana Ana de «Barba Azul» y me subí a la tapia para mirar el camino.

—¿Qué ves, hermana Ana?

—Veo el camino que blanquea y el campo que verdea...

Mientras, Barba Azul afilaba la espada para cortarnos la cabeza a mi hermana y a mí.

—¿Qué ves, hermana Ana?

—Veo la pradera y una gran polvareda.

—¿Son nuestros guerreros?

—No, que son carneros.

Las chicas, que jugaban al otro lado de la tapia, y que no saben el cuento, se creyeron que se lo decía a ellas.

—¡Pero si es la Celia! ¡Y nos ha llamado carneros! ¡Tú sí que eres una oveja modorra!

Yo no quería hacerles caso, porque estaba esperando a los guerreros, que venían a salvarnos... Y las chicas empezaron a tirarme pegotes de barro, que me dieron en el vestido y en la cara...

Al fin tuve que escurrirme por la tapia abajo y figurarme que ya habían llegado mis hermanos y habían matado a Barba Azul.

—¡Qué fantástica es usted, hija mía! ¡Cuántas fantasías hay en esa cabecita loca!

¡Fantasías! ¿Podría escribir todo esto en un libro, con las hojas blancas y las tapas de piel?



No, no; esos son cuentos que están escritos en muchos libros... Yo tenía que inventarlo todo, todo, y contarlos como si fuera verdad y estuviera pasando...

Sería la historia de una niña que se llamaría Celia, como yo, y andaría sola por el mundo...

¿Una niña como yo? No, no; yo misma... Yo, que me iba por el mundo, ahora que mis papas me habían dejado sola,



y, andando, andando, me encontraba un hada, y luego un enano, y nos íbamos al país donde pasan todos los cuentos, y llegábamos a una isla desierta...

Había que pensarlo mucho antes de empezar.

Y algunas tardes jugaba a ser una niña de novela y a estar en la isla desierta y a que una lancha venía a buscarme...

Casi fue verdad aquel día que vino doña Benita y me llevó con ella a pasar unos días fuera del colegio, en la fonda de la plaza...

Allí en medio había un coche grandote con titiriteros dentro, y un perro y una mona por fuera... Todo como en una novela de verdad.

La niña que andaba por el alambre se llamaba Coralinda, y era la mejor titiritera del mundo, que me lo dijo ella misma.

Con la mona



Después de aquella romería a la puerta de una ermita, estuvimos en la plaza de un pueblo en el que había fiestas.

Vendían confituras, y helados, y hasta pasteles. *Monsieur Polichant* compró dos docenas para nosotros.

A la perra y a *Carachupa* no les trajo nada, y los miraban muy tristes... Yo se los dejé lamer un ratito y nadie lo notó... ¡Pobres!

La mona me quiere tanto, que no puede separarse de mí.

Siempre la estoy defendiendo de los chicos, que le tiran del rabo y le hacen burla.

Es cariñosa como un niño chiquitín.

Por eso pasamos un disgusto tan grande cuando nos la quitaron.

¡Ah! Pero es verdad que vosotros no lo sabéis todavía...

Pues, sí; nos la quitaron.

Fue una noche, en un pueblo. Estábamos en la representación en medio de la plaza.

Titiritera



Corrimos, corrimos todo el día; y cuando llegó la noche y me dormí, aún seguíamos corriendo.

Yo creía que ya estábamos llegando a Pekín; pero resultó que no. Al otro día, dijo *monsieur* que estábamos en Francia.

–*Vive la France!* –gritaron todos, y se pusieron muy contentos.

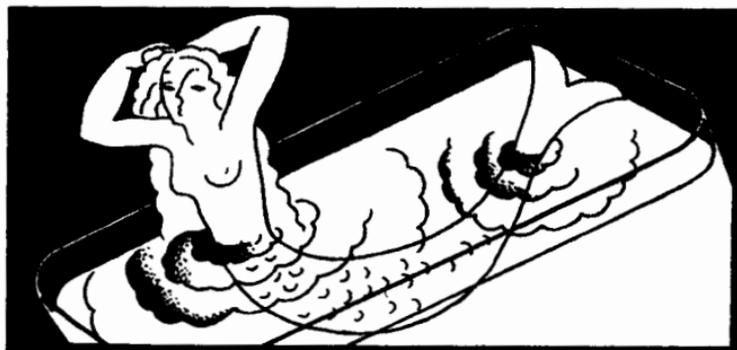
En seguida sacaron una botella y bebieron chupitos. Yo no quise, porque me acordé de lo que me pasó en el colegio.

Madame compró muchas cosas, o las sacó *monsieur* Polichant de las orejas o de los vestidos de cualquiera, como hace en la función.

Porque aquel día comimos fresón con azúcar, y rami-
tos de rábanos y natillas, y café de postre...

Al acabar, todos lloraban de alegría y se besaban en los dos carrillos. *Monsieur* me dijo que yo sería con el tiempo una gran artista.

La sirena del mar



Delfina, la Sirena, hablaba poco y cosía todo el día. Estaba triste.

Yo le pregunté a Coralinda:

–¿Por qué está triste la Sirena?

–No está triste –me dijo.

–Entonces, ¿por qué no habla?

–Es que no puede casi hablar... ¡Como los peces no hablan!...

¡Vaya un disgusto que tendrá de no saber hablar! Si yo no supiera me moriría en seguida...

Por eso decidí enseñarle. Mientras el coche nuestro corría como una casita con ruedas, yo contaba a la Sirena todos los cuentos que he leído en los libros.

Ella se removía en el sillón, cambiando de postura a cada momento. ¡Claro! Esa cola de pez que tiene es molestísima.

Había que ayudarla a colocarse bien, y luego volverla a tapar con una manta.